

Los usos del concepto de “genocidio” y el problema de la formación de categorías en las disciplinas socio-históricas

Luciano Alonso
(CESIL – UNL)

Seguramente mi presencia en esta mesa se debe, más allá de las afinidades o las amistades, a algunos escritos sobre los usos del concepto de genocidio en el movimiento por los derechos humanos en Argentina. Pero en esta ocasión no quería repetir expresamente esos planteos sino enlazarlos con otras cuestiones que tienen que ver básicamente con la manera en la cual construimos categorías y para que las construimos, o sea para que tipo de usos construimos conceptos orientadores en las disciplinas socio-históricas. Por eso en el título de esta intervención los usos del concepto del genocidio tienen que ver con el problema de la formación de categorías de esas disciplinas.

El punto de partida que tomo es, de alguna, manera la situación del término en el entramado de significaciones actuales sobre el pasado reciente. Podríamos decir que el vocablo “genocidio” adquirió en la práctica el *status* de definición oficialmente admitida en la Argentina, para referir al periodo de terror de estado en los años de 1970 y en especial a la política represiva de la última dictadura, y que conforma un núcleo no siempre claro de representaciones sobre ese pasado para amplios sectores políticos y sociales.

Quizás se lo presente en algunos casos como una suerte de llave, y pensaría si esta clave de usos movilizadores podría ser también una llave para el análisis socio-histórico de los procesos represivos. Quizás también el término

“genocidio” no es tan claro y transparente, sino que de alguna manera reúne una multitud de capas semánticas. Podríamos decir que actúa como un paraguas para connotaciones que son a veces contradictorias. Tal vez el concepto ha pasado a ser, como diría Ernesto Laclau, un “significante vacío”, que se usa con distinto tipo de contenidos en el campo de las luchas políticas.

Sea lo que fuera lo que se pueda predicar del concepto hoy, en el sentido de sus posibles utilizaciones, quisiera aclarar que yo no pretendo proponer un uso correcto del concepto de genocidio ni defenestrarlo para los usos historiográficos. Pienso que los conceptos no son buenos ni malos de por sí, esto es, los conceptos no pueden tener cualidades humanas. Los conceptos son operativos, poco operativos o nada operativos. Esa operatividad no está dada por la categoría en sí, sino por el entramado significativo en el cual está inscripto el concepto, esto es, por la forma de los discursos. Por eso entonces no pretendo plantear un concepto correcto para referir a la represión, al terrorismo de Estado, o a lo que querramos aludir, sino que pienso que distintos vocablos pueden tener utilidades diferentes. Incluso, en el ámbito de las disciplinas socio-históricas, la realidad a veces no se deja subsumir bajo un único concepto, y distintos conceptos pueden colaborar en su descripción e implicación.

Si se me permite el chascarrillo, en ámbitos discursivos determinados un concepto puede ser altamente operativo sin que lo sea para otros espacios. Por ejemplo, está la categoría política de "hijo de puta" que como categoría disciplinar probablemente no tenga mucho futuro, pero que en el ámbito de la puja política creo que describe acertadamente lo que uno quiere expresar.

Entonces me parece que es necesario pensar el concepto de genocidio en un doble sentido. Por un lado pensarlo en función del resultado de complejos procesos sociales de significación, pensar el vocablo genocidio como algo que se ha ido instalando progresivamente en un proceso en el cual variaron las formas de significar, y por tanto varió el sentido de aquello que en principio parecería ser una única palabra. Y lo digo expresamente del concepto de genocidio porque, siendo una categoría acuñada originalmente con un sentido jurídico, sus usos han sido tan variados que a veces creemos que tiene ese sentido primigenio cuando en rigor en un ámbito discursivo determinado tiene connotaciones diversas. Por eso me parece importante plantearnos el problema de un proceso de progresiva instalación del concepto en el cual van variando las formas significativas.

Por el otro lado, me parece que además hay que instalar la pregunta sobre la utilidad del concepto de una manera diferente. Tal vez no preguntarse si el concepto sirve o no sirve –eso dependerá de estudios que no estoy en condiciones de sintetizar, evaluar o trabajar en detalle–, sino preguntarnos qué utilidad pueden tener para la producción de narrativas sobre fenómenos socio-históricos, categorías generadas en el ámbito del Derecho, o que incluso fluctúan entre la necesidad de precisión propia de las ciencias políticas y la flexibilidad de los usos movilizadores. Y preguntarnos si en el desarrollo del conocimiento socio-histórico no deberíamos tratar de tender a construir categorías que sean operativas no por su carácter definitorio, sino por las posibilidades analíticas que presenten, que son dos cosas que creo no son idénticas.

Entonces la primera cuestión pasa por entender el concepto de genocidio como un vocablo con una historicidad determinada y su instalación como un proceso complejo. Desde este punto de vista, me parece que es importante destacar que el concepto de genocidio tuvo escasa repercusión hasta la década de 1960, momento en el cual, de acuerdo con Bernard Bruneteau, entra en el debate público occidental sobre todo con la crítica de Franz Fanon al colonialismo y la de Jean-Paul Sartre a la intervención norteamericana en Vietnam. Es cierto que hay multitud de usos previos y paralelos, pero ese es el momento en el cual hay un engarce del concepto de genocidio con una representación determinada, que es la idea de la masacre de un pueblo combatiente. El paradigma es la guerra de Vietnam. De hecho, cuando el Tribunal Russel en sus sesiones de noviembre de 1967 en Dinamarca trabaja sobre ese problema, la redacción correspondiente a la minuta de genocidio está a cargo de Jean-Paul Sartre distingue entre intención de genocidio, respuesta-genocidio y genocidio total, como momentos distintos de un conflicto determinado. Esa forma de denominación, esa forma de significación, serán recuperadas por agrupaciones de izquierda de variada tradición hacia finales de los '60, asociadas siempre a la noción de guerra de liberación.

Me parece que en este momento el concepto de genocidio está subsumido en un entramado de significaciones que lo hace parte de un sentido más amplio, que es el sentido de la guerra colonial. Cuando hablo de guerra colonial entiendo que las interpretaciones del campo de las izquierdas revolucionarias y las violencias políticas emergentes que podemos identificar en las décadas de 1960-70 en los países latinoamericanos y en la Argentina,

también están construidas en el marco de la guerra colonial. Precisamente la liberación nacional es una de sus banderas y a su vez la contrainsurgencia se piensa sobre todo sobre las matrices de la guerra colonial francesa, portuguesa, española y por supuesto norteamericana.

A partir de una observación de Gabriela Águila a una ponencia de mi autoría, he pensado que quizás un engarce entre esos usos anteriores del concepto de genocidio y los siguientes se encuentre en los trabajos de Juan Carlos Marín. En su famoso texto sobre la violencia armada de 1974-75 Marín trabajó la idea de genocidio, o mejor mencionó el concepto de genocidio asociado al de guerra, de tal manera que como diría Daniel Feierstein muchas veces no quedaba claro que era lo que era guerra y que era lo que era genocidio. Esa referencia fue paralela a la aparición, por ejemplo, de un primer uso datado del concepto en un sentido distinto, claramente diferente respecto del anterior, que es el registrado por Marina Franco en una solicitada en el diario *La Opinión* de Buenos Aires del 30 de enero de 1976. Como sabemos el texto de Marín fue en realidad escrito en etapas y con muchas revisiones. La primera versión es el '76, con lo cual para ese momento estamos teniendo un viraje en el que el concepto de genocidio, a mi entender, pasa de significar la masacre de un pueblo combatiente a representar la violencia ejercida por un poder dictatorial sobre su propio pueblo. De alguna manera se pasa del paradigma de la guerra de liberación al paradigma de la represión nazi-fascista.

En ese sentido es que el término es recuperado en las luchas por los derechos humanos en un caso muy temprano, que es el paradigmático libro *Argentina: proceso al genocidio*, texto de la CADHU (Comisión Argentina por los Derechos Humanos) de 1977 que fija una asociación muy fuerte del poder militar argentino con el nazismo e inaugura una denominación específica de esos crímenes de Estado. Sin embargo, la calificación que la CADHU hace de genocidio no supone el recurso a la categoría jurídica. Hay una detallada mención de ofensas y las normas de derecho violentadas que no tocan en ningún momento la Convención de las Naciones Unidas para la prevención y sanción de delitos del genocidio. El concepto de genocidio va a ser luego recurrentemente visitado por los organismos de derechos humanos, pero como vamos a ver de manera bastante salpicada.

En paralelo, está apareciendo otra forma de utilización que está asociada al campo cultural y que está vinculada con usos movilizadores propios sobre

todos del ámbito ibérico, como por ejemplo □genocidio lingüístico□ o “genocidio cultural”. En la transición democrática argentina hay un momento en el cual algunos juristas como Eduardo Barcesat, defienden sin éxito la posibilidad de aplicar la categoría de genocidio como encuadre legal de los crímenes que se quieren perseguir, y hay a su vez una serie de intervenciones de algunas agrupaciones; básicamente Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas de Buenos Aires entre el '82 y el '83, algún texto de la APDH (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos) –pero muy mínimo– y algunos documentos de la Oficina de Solidaridad con los Exiliados Argentinos (OSEA).

Entonces el término no tiene una instalación muy firme ni muy clara. Fluctúa en una variedad de usos movilizadores. Para el año '96, esos usos movilizadores se van a asociar por primera vez, claramente, con la imputación jurídica de los “Juicios de Madrid”, cuando el Fiscal Carlos Castresana presente ante la instrucción de Baltasar Garzón una denuncia por la posible comisión de distintos delitos incluyendo el de de genocidio. Eso tiene que ver básicamente con cuestiones relativas a los encuadres legales españoles, a los que no me voy a referir por cuestiones de tiempo.

Ahora bien, el juicio a Adolfo Scilingo es el primero que se puede celebrar en sede española –porque al contrario de otras jurisdicciones como la francesa o italiana, en España se requiere la presencia efectiva del acusado en la Sala–. Ese juicio, a pesar de una imputación inicial de genocidio, termina luego con una condena por crímenes de lesa humanidad y terrorismo. Eso tiene que ver con un viraje de la acusación que se hace mayormente por una diferencia de criterios entre distintos agrupamientos de la acusación popular, que abre una suerte de cuña, una suerte de problema respecto de cómo conciben esa definición de genocidio los actores movilizadores. Concretamente, los actores legos que durante años venían batallando en coordinación con agrupaciones argentinas que iban instalando la calificación de genocidio, se encuentran confundidos ante las diferencias de criterios y encuentran de alguna manera hasta problemático que Scilingo sea condenado por algo distinto de aquello que suponían podía serle imputado. De hecho hubo quienes, confrontados ante eso, plantearon muy claramente que el carácter de la imputación era irrelevante en tanto lo condenaran.

Esos usos movilizadores tuvieron también en Argentina un desarrollo del

cual me eximo, que empezaron a articularse con algunos usos académicos hacia finales de la década del '90 y principios de la década del 2000. Tanto los juicios por apropiación de menores ya en 1998, como las declaraciones en sede judicial de inconstitucionalidad de las leyes exculpatorias desde los años 2000, no tuvieron en cuenta la calificación de genocidio. Luego, a partir del 2006, el uso del término en algunas sentencias empezó a tener una connotación diferente. Dado el régimen jurídico argentino, todas las sentencias que han hecho alusión al genocidio, desde la condena a Miguel Etchecolatz en adelante, hacen referencia a delitos puntuales cometidos “en el marco de un genocidio”. La expresión “genocidio” ahí aparece como una suerte de paraguas que puede comprender una multitud de sentidos.

Se da la particularidad de que los representantes de las querellas se encuentran de alguna manera en desacuerdo con las calificaciones, y sin embargo las condenas se obtienen por un procedimiento en general seguido por las fiscalías, que como todo abogado que quiere llegar a un fin se preocupa poco por aquello que va a llevar a la efectiva consecución de la condena y busca sobre todo los medios más seguros. Las connotaciones han sido muy variadas, y yo tomaría dos ejemplos. Por caso: un representante de una querella particular destaca en el año 2012 que "es importante que un tribunal reconozca que los delitos se desarrollaron en el contexto de un genocidio, que no hubo un ataque generalizado e indiscriminado contra la población civil sino que fue direccionada hacia los militantes políticos, barriales, sociales y estudiantiles". En el mismo año un abogado de la secretaria de derechos humanos de la nación dice que "la masacre de Trelew fue un hecho que se inscribe en un plan sistemático de ataque por parte del aparato estatal hacia la población civil, un eslabón más de una cadena de terror que busca disciplinar a toda la sociedad", o sea claramente aparecen visiones diferentes de aquello que puede ser nombrado como el crimen máximo.

En ese contexto aparece la influencia de los trabajos de Daniel Feierstein; trabajos que son aducidos en la sentencia del juicio a Etchecolatz. Jueces como Carlos Rozanski y otros refieren a los desarrollos de Feierstein como fundamento de opinión. A su vez, la opción de Daniel Feierstein se suele plantear sobre todo en términos de los efectos de una vinculación o relación de los investigadores con el movimiento social. Y ahí yo tendría mis prevenciones, bastante similares a las del planteo de Marina Franco.

Particularmente pienso que la relación de los investigadores con un movimiento social e incluso con posiciones políticas concretas, que entiendo deseable, es una cosa distinta de la reducción del análisis socio-histórico a las representaciones que esos movimientos sociales tienen del conflicto. Son dos cosas diferentes. Como diría Nancy Fraser, los investigadores entran en una relación de diálogo con los movimientos sociales; relación que a su vez, necesariamente, tiene que ser crítica con los mismos movimientos. Caso contrario uno simplemente reproduce a los movimientos; no investiga. Desde esa perspectiva se puede pensar que la argumentación según la cual el concepto de genocidio debe ser defendido porque hay un vínculo estrecho con un movimiento social no es algo válido en el ámbito o campo académico. O sea, el concepto de genocidio puede ser defendido o no por otros argumentos, pero no porque se use en determinados contextos movilizadores se legitima su uso académico.

Ahora bien, ¿cómo se lo usa? Básicamente pienso que el modelo propuesto por Feierstein tiene un peso muy fuerte en algunas prácticas disciplinares porque trabaja con una lógica derivativa. Más que dialogar con otros enfoques el planteo sobre la posibilidad de calificar a los crímenes de Estado como genocidio se presenta como una alternativa absoluta y en cierto modo cerrada –algo muy típico en los estudios sobre el genocidio–. De paso, se postula una secuencia en seis pasos, de la construcción de la otredad negativa a la realización simbólica. Y luego solo resta la inclusión de los casos en la tipología y aplicar la periodización resultante, o sea encajar la realidad en la horma de la teoría, e inclusive con sus secuencias prefijadas.

En principio se podría pensar que esto se acercaría al método weberiano de tipos ideales; es decir, construir un tipo ideal y compararlo con la realidad, para sacar determinadas conclusiones. Concretamente, construido un tipo ideal de genocidio en función de la detección de elementos a partir de la experiencia nazi, se compararían otros casos con el modelo puro para apreciar su grado de cercanía o de lejanía. Pero en verdad ni siquiera se trata de un ejercicio de tipo weberiano, esto de la operación intelectual consiste en identificar en los casos particulares las características, etapas y sentidos del modelo abstracto, lo cual es otra cosa. Tampoco hay una comparación entre casos, ya que la saludable afirmación de la comparabilidad del genocidio nazi conduce tan solo a su instalación como pauta interpretativa y como esquema

de periodización. Por tanto esos estudios tienen una tendencia a limitarse en la aplicación de una lógica deductiva gracias a la cual se encuentra en la empírea aquello que previamente se ha fijado como contenido formal de la categoría. No se analizan aspectos, procesos o tendencias que pongan en cuestión la definición formal, más allá de la alusión a la completitud de los exterminios. Hay también otros aspectos de la lectura de Feierstein que podrían ser más discutidos, pero ahora no vienen al caso.

Creo que hay casos extremos, como por ejemplo el trabajo de Graciela Cecilia Samanes en el cual la secuencia prefijada de una genealogía de las prácticas sociales genocidas es aplicada al Uruguay de 1973-1985. Y el término utilizado: “genealogía” de las prácticas sociales genocidas en Uruguay es engañoso, porque hace suponer una suerte de visión foucaultiana de la historia y es lo mas contrario que se puede ver a esa concepción. En rigor, el resultado es asimilable a aquello que Foucault llamaba una historia platónica o metafísica. Ahí es donde entonces, me plantearía que quizás hay una diferencia entre el concepto de genocidio, que con cargas semánticas distintas puede ser útil para diversas cosas, y el paradigma del genocidio, que permite hacer descender un modelo teórico a la realidad y adecuarla a determinadas características preestablecidas.

Entonces ¿cómo se pueden construir categorías? Yo no pienso que los conceptos sean absolutos. Pienso que las palabras son limitadas para manifestar la experiencia, pero lo único que tenemos son las palabras. También opino que en función de esas limitaciones puede haber una pluralidad de nominaciones. Ahora bien, partiendo de una comprensión de la evidencia guiada por categorías provisionales, uno realiza algún tipo de estudio que le permite desarrollar nuevas categorías. Esto es Marx básico; es el apartado de “El método en la economía política” de la Introducción General a la Crítica de la Economía Política. Si ese es un camino que nos permitiría construir categorías operativas con las cuales volver a la realidad, nosotros todavía estaríamos en la etapa de la investigación. Es decir, no hemos conseguido asumir suficiente cantidad de conocimiento como para construir categorías que nos permitan luego totalizar, aunque sea provisionalmente, ni para definir de alguna manera tan clara y taxativa.

Yo soy de los que piensan que algún tipo de totalización provisional es necesaria para la comprensión historiográfica. Esto tiene que ver con los

planteos de William Sewell, que no vienen al caso aunque dejo sentada la referencia. Las totalizaciones que propongamos para abordar los fenómenos históricos serán contraproducentes si no se plantean los planos en los cuales es posible totalizar a partir de un factor o un conjunto de factores –y esto es una referencia a Julio Aróstegui, muy citado hoy–, sin distorsionar la comprensión general de los procesos. En este sentido yo pienso que la posibilidad de una amplia totalización en realidad se presenta dentro del plano de los procesos de acumulación de capital a nivel mundial, no en el plano estatal nacional de los procesos represivos. En una perspectiva como ésta la función de las categorías analíticas no puede ser presentar una clave interpretativa que defina *a priori* la situación histórica, sino colaborar en la construcción de narrativas explicativas.

El concepto de genocidio o tal vez el concepto de guerra, pueden tener un lugar en la descripción externa, en la perspectiva *etic* de determinadas experiencias de exterminio, o como referencia a la representación de esos procesos históricos por parte de los agente vinculados a ellos o perspectiva *emic*. Puede también, por supuesto, seguir siendo un elemento simbólico aplicado en las luchas políticas y sociales con las cuales los investigadores disciplinalmente posicionados tengan una relación o una afinidad. Pero no puede esperarse que ese uso tenga resultados fructíferos si se lo convoca para la construcción de taxonomías o modelos de desarrollo en los cuales encajar la realidad histórica o para la clausura de los múltiples sentidos identificables en toda experiencia pasada.